

El mundo del libro

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

TINTA PERDIDA—Prosas—Por Eduardo Castillo—
Ediciones Ministerio de Educación Nacional—Colombia.

La prosa de Eduardo Castillo tuvo todo su prestigio allá por la década del año 20 al 30 de este siglo XX. Castillo era un inspirado y un enfervorizado. Sin poner pie en la realidad que nunca coincide con nuestros sueños. Fantasmal, parecía un pájaro cuyas alas hubiera tronchado la tempestad. Fue poeta hasta los huesos. Sin que esto quiera decir que su obra literaria obedezca a un esfuerzo de creación. Es hija legítima de su vasta cultura y su curiosidad inagotable. Castillo perteneció a una generación de escritores que vivieron en la torre de marfil de sus soledades. Sus furores vitales no trascendían en la vida opaca de su tiempo. Era la suya la agonía de quien padece en la tarea hermosa e inútil de domeñar los vocablos. Muchos de ellos coloreados y purpúreos. Porque Castillo, desde el punto de vista de la imaginación, era un millonario. En la vida común no tuvo nunca esos tesoros que iba numerando en poemas y prosas. Amadas imposibles, chispeante río de joyas para esas mujeres casi ingravidas, todo ello como material noble, pero sin ninguna raíz en el mundo crepitante que se movía en torno suyo.

Es claro que leer hoy estas prosas, buscar a los personajes a quienes el poeta levanta a cielos de inspiración, resulta una tarea incómoda. Porque aquello de que todo tiempo pasado fue mejor, no tiene ninguna consistencia. Cada época fija sus propios perfiles y desvela sus inquietudes. Irremediablemente. Por eso abrir este libro de Castillo es como aspirar las esencias de un pomo que ha perdido mucho de su fragancia. A Castillo es preciso situarlo en su tiempo. Los problemas contemporáneos son otros. La humanidad no tiene el menor interés en que se sacrifique un mundo para pulir un verso como quería el esteticismo de Valencia. Por eso estas prosas tienen mucho de regio cadáver embalsamado. En su hora fueron leídas con sacrosanta unción. Hoy, preciso es confesarlo, tienen un no se qué de caduco, fantasma de un ayer lloroso.

Su admiración por Gabriel D'Annunzio obedece a una certidumbre. Y dígame lo que se quiera, el poeta italiano está vivo, presente, dinámico, en sus *Laudes*, *La hija de Iorio*, *El nocturno*. Hoy se vuelve a leer a Barrés y

al "imaginífico de Pescara", como hace treinta años. Porque algunas de sus obras tienen ese misterio mágico y telúrico de lo que está enraizado en la tierra de los mayores y obedece a una categoría de la mente.

Eduardo Castillo tuvo la pasión lírica como pocos poetas colombianos. La belleza literaria lo envolvió por completo. Pobre, envuelto en su capa española e hidalga, con su curva nariz de ave que otea tempestades, vivió en un mundo ficticio, pura alegoría de palabras. Pero no por esto deja de tener valor esta **Tinta perdida**, ya que su autor tuvo preocupación constante por escribir con dignidad idiomática, algo que se está perdiendo lamentablemente entre nosotros.

No solo como anécdota, como exhumación de recuerdos, nombres, fechas, merece este libro exaltación. También por la pedagogía que se desprende de una labor cultural que pocos imitadores tiene en este tiempo de voraz mercantilismo y de negación absoluta e iconoclasta de toda la siembra intelectual de otras generaciones.

* * *

LOS ARBOLES MUEREN DE PIE—Por Alejandro Casona.

En este mes de septiembre ha muerto Alejandro Casona. La patria lo llamaba. La España peregrina estaba en el centro de su vida, con su dura presencia y su ternura. Olivares plateados; el Guadalquivir melodioso; los ocres caminos de Castilla, con sus ventas, sus molineros enharinados, su adusto paisaje senequiano. Una dimensión más del espíritu. Y Galicia con su temblor de zamponas, sus gentes nostálgicas, su "morriña", el canto de los penitentes que se desflecaba entre la bruma. Y Valencia, con sus naranjales, prietos de dulzura, de un oro líquido y caliente; y la Vasconia de pocas palabras y hondas raíces en el mundo como realidad sensorial; y el Cantábrico, lejano, con sus sirenas que nos llaman mientras el agua recomienza sus gobelinos; y los hontanares que se tienden sobre el mundo como largos brazos de amor; y el humo dormido de los cortijos de Gabriel Miró; y Granada, entreabierta, milagrera, donde aún la voz en pena de Federico García Lorca, convoca estrellas, gitanos y limones. Todo requería la presencia de este gran Alejandro Casona a quien conocimos una noche en Buenos Aires, en casa del poeta Ratti, en los días de la dictadura peronista.

Casona volvió a España para morir, como lo hiciera otro gran escritor: Benjamín Jarnés. Porque el gran dramaturgo llevó el nombre de su patrio solar por todos los caminos de nuestra América en lentos sonos mestizos. Desde aquellas sus jornadas universitarias con su teatro ambulante y pedagógico, hasta la alta soledad de sus dramas hondos, patéticos, lazo entre la España del siglo de oro y los tiempos modernos. Tenía la dignidad intelectual que es milicia, ardor penitente, sentido de la creación. Igual que otro español que fue nuestro amigo en Buenos Aires, el catalán Jacinto Grau, autor de **El hijo pródigo** y **El burlador que no se burla**, dos farsas insignes del teatro contemporáneo.

Casona amaba las criaturas de su talento como auténticos hijos de la carne y del espíritu. No era el suyo un teatro de circunstancias, fortuito, concesión a la galería. Era exigente consigo mismo y con su arte. Precisamente se propuso reaccionar contra la comedia frívola, llorona, ¡mural desvaído para las gentes intonsas que se contentan con tan poca cosa en el orden de la cultura! Muchos de sus títeres están aún calientes de humanidad. Arrancados del fondo del tiempo, limpias estatuas de una ciudad sumergida. Y con raíz popular y ancha modulación. Una tipificación de lo español, en sus más puras esencias. Algunos están tallados en basalto; otros en madera incorruptible; alguna mujer, es de niebla, fantasma enredado en los pinares. Voz que nos llama y nos concita para vivir la vida a plenitud. Pero siempre lo eterno de Iberia, su caliente brujería, sus aguas repujadas por el viento, el estricto sentido del honor; la suma expresión del arte cuando no es un cartón de filigranas, sino algo vivo, dinámico, junglar que nos trae canciones y memorias que son vida orgánica, memoria de la sangre.

Casona fue fiel a su vocación de escritor. De gran escritor sin afeites o sensiblerías burguesas. Atento al hilo conductor entre las diferentes épocas de España y siempre inclinado hacia la llanura donde el pueblo, de boca numerosa, se congrega para los grandes juicios de la historia. Acaso Casona hubiera podido penetrar en el post-modernismo teatral, en ese intelectualismo y absurdidad de Ionesco y otros autores del teatro contemporáneo. Prefirió mantenerse en una línea que viene a ser clásica en el teatro del mundo. **Los árboles mueren de pie, Prohibido suicidarse en primavera, La dama del alba**, son creaciones de genio e ingenio. Sin fugaces remedos. De una lacerante autenticidad. Por eso penetró tan hondo en el alma colectiva. Porque bajó hasta la gleba, orilló los ríos crepusculares de la muerte, dándose, íntegro, en la faena teatral. Sus personajes tienen osamenta, nervios, atmósfera psicológica; hablan y gesticulan como auténticos seres humanos.

Con su muerte se disminuye en grado sensible la hazaña del teatro español, tan cerca de nuestra propia peripecia humana, con todo su desgarramiento y lúcido patetismo.

* * *

LA AVENTURA DEMORADA—Por Elisa Mújica—
Editorial Presencia—Bogotá—Colombia.

Elisa Mújica enternece y convence. Con la espada dorada de su palabra escrita. Que no obedece a cálculo o calco literario, sino que nos trae una carga emotiva de muy finas y suspirantes esencias. Porque Elisa Mújica considera que el mundo de Dios está en todas partes, rodeándonos, emergiendo con su mensaje de bienaventuranza. Por eso mismo escogió a Santa Teresa de Jesús para estudiar su vida, rememorando sus quehaceres, su humana condición y su enfervorizada misión. No solamente de pura contemplación vive el ser humano. También necesita meterse hondo en estas aguas encrespadas de la vida, predicando, confesando a Cristo. El Señor anda entre los pucheros, nos visita y asiste, no solamente en el

silencio litúrgico de catedrales y sitios de oración. Todos nuestros actos patentizan nuestro drama íntimo. No podemos ser meros espectadores del mundo "vario y múltiple". Se requiere que corramos el riesgo de ser actores, padecer nuestra vida como una milicia encendida en rigores.

Santa Teresa no tuvo nada de contemplativa. Braceó en un mundo en-crespado cantando y recreando. Fundando y anunciando. Impelida por una fuerza interior que no le permitió el sosiego. Era preciso ganar la batalla de las almas, pero aquí en la tierra. Sobre su costra dura y en penitencia. Crear, activar, mantener un vínculo vivo y afectivo con las criaturas. Que para ella no fueron pretexto para engorrosos tratados de teología moral sino seres vivientes, que necesitaban amparo, fe, ejemplo. Por eso mismo, Elisa Mújica se ha sentido siempre fascinada por la vida de Santa Teresa. Ella perteneció a la iglesia caminante, proclamadora de verdades, de una honda reciedumbre que le ha permitido servir a Dios, tanto en la oración contemplativa, como en la realidad de un mundo que necesita de la vigencia de normas morales que impelan a construir conventos, fábricas de amor a Dios, sin que el ocio, la ataraxia, el quietismo, paralicen lo mejor de nosotros mismos.

No hay que temerle a los elementos ni a las pasiones, sino saber encauzarlos. La vida debe tener un fin. La patética agonía unamunesca o la milicia de San Ignacio de Loyola. Vidas verdaderamente ejemplares, de las cuales mana una lección de fortaleza. Los ojos de la santa se topaban en todo sitio de su España con tipos humanos variadísimos, paisajes reverberantes, escenas camineras de subido color local, la violencia de todo lo humano. Y para darle un contenido a su vida, era preciso hacer de ella un vivo tratado de energía. Su prosa difícil, retorcida, de una sintaxis arbitraria, respondía bien a su espíritu en llamas. Por eso tiene tanto de autobiográfica, sudor, sangre, dolor y padecimiento para llegar a las altas torres de la contemplación.

Elisa Mújica ha realizado el milagro de darnos una estampa de Santa Teresa, libre de escorias, intenciones soslayadas, deducciones dogmáticas y pedantes. Su arrobamiento tiene una suma de pureza intelectual, precisamente porque se encuentra desasida de prejuicios. Más allá de la peana desértica de la contemplación ibera, está el mundo crepitante de sus santos y fundadores. Y la escritora medita, deduciendo una serie de verdades transparentes, en una prosa de encanto. Tan cristalina que fácilmente podemos mirar hasta el fondo, allá donde tiemblan las raíces secretas del alma.

En este tiempo de materialismo, Elisa Mújica nos invita a regresar a Dios. Viene de su experiencia marxista para hallar la verdadera redención. Su ardorosa confesión es humana, grito y júbilo, reconciliación y certeza, mientras llega la muerte.

Espléndido libro este que recomendamos a nuestros lectores.

* * *

La poesía deslumbrante de Luis Enrique Sendoya, sacerdote de Dios entre los hombres, es de una esquiva soledad. Hay en ella mucho de treno y desolación. Pero también afirma valores esclarecedores de la condición humana. Conviene al espíritu leer estos poemas en la alta noche cuando las estrellas parpadean lejanas y su luz se derrama por el cielo. Porque Sendoya es un artista a quien nos acercamos con lo más vivo de nuestra humanidad. Ya que las palabras no caracolean aquí como crines al viento, sino que nos llegan cargadas de sustancia y son admonitorias. Es muy difícil pretender ubicar a este insigne poeta que ha cumplido un itinerario honesto y exigente. Los conceptos que de él nos formemos, la alucinante caza espiritual apenas diseña lo que debiera cantar y encantar con rumor de fuente.

Porque todo este continente verbal de Sendoya está cruzado de resplandores. La espada cautiva se convierte, en su desnudez, en espejo que refleja el mundo, el amor del hombre por las cosas del mundo, su esperanzado y trágico corazón. Su arte tiene aquella luz comunicativa de los grandes mensajes humanos. Nos pone en pie para la aventura de la poesía sin que ninguna falsa reminiscencia o calco simulado pase por este mundo lírico, de tan íntimas esencias perdurables. Canto alto como una torre. Sin concesiones a la molición, a formas poéticas que pasan sin que dejen siquiera la memoria de un verso para calentar nuestra soledad.

Luis Enrique Sendoya siente la poesía como un algo profundo, cierto, con su volandera ala de mensaje y gloria. Por eso su lirismo está llamado a perdurar, erguido, no obstante el paso del tiempo. El tremendo rigor apreciativo que hallamos en estos poemas, la concitación a la criatura humana para más altos destinos, el blando silencio contemplativo de algunas estrofas, todo ello habla bien claro del valor de una poesía que, para fortuna de nuestra cultura nacional, tan parca en valores auténticos, no se encuentra matriculada en ninguna escuela ni es producto de arduas elaboraciones intelectuales.

Sendoya es ante todo un poeta, porque tiene en su alma un lugar sellado donde se opera este milagro lírico y hermoso. Con calidades que de veras afirman su sitio en la poesía colombiana y trascendentemente en la universal. Su gracia poética está alumbrada por la presencia de Dios. Pero no se trata de un misticismo que reside más bien en las palabras, sino en un estado de gracia perfecto. El hombre participa de la creación y se sabe criatura de Dios, capaz de entender el mundo y la belleza pura de la antología. Leamos un poema de este bello libro que asegura, para su autor, la perdurable presencia de lo auténtico y, por tanto, valedero:

HABLARAS AL SILENCIO

*Hablarás al silencio
con las plegadas alas.
Con el labio sangrante
parando en la distancia.*

*El ruiseñor del pecho
entre la miel escasa.
Y con algo del tiempo
que le sobró a la nada.*

*Huirás en seguida
por la secreta escala
más allá de las torres
que vigilan las albas.
Aparte de los signos
y las duras palabras
que no podrían juntos
decir lo que se calla.*

*Luego vendrás al llanto.
Dividirás las aguas.
Y al fondo de las linfas
que fluyen desoladas
encontrarás la copia
de las estrellas altas,
alguna flor marchita
encima de la escarcha
mientras la ausencia toda
se queda en la mirada.*

*Poseerás el mundo
lo mismo que una lágrima
con una dolorosa
voluntad de esperanza.
Y acaso, alguna pura
reminiscencia diáfana
te hará sentir la pena
de estar perdiendo el alma.*

*Pero están abiertas
de par en par las alas
y los rebeldes ángeles
entregaron la espada!*

* * *

REFORMA ADMINISTRATIVA DE BOYACA—Tomo I—Imprenta Departamental—Tunja.

Excelente este primer tomo que contiene los basamentos de la **Reforma administrativa en el departamento de Boyacá**. Precisamente una de las secciones del país donde era más urgente que se llevara a término una reforma sensata y técnica de la administración pública. Sistemas desuetos, formalismos innecesarios, mañosas prácticas burocráticas, venían imperando en aquel departamento, uno de los mejor dotados para el trabajo, el

progreso y el desarrollo de nuestro país. En esta reforma administrativa tomaron parte planeadores, economistas, sociólogos, todos ellos formados en nuevos sistemas de administración, con orientaciones claras de lo que debe ser el Estado moderno.

Lo importante es que esta reestructuración de la función pública en Boyacá, se cumpla plenamente en la realidad. Porque desgraciadamente, la mayoría de los planes técnicos, evaluaciones, planeación, se han quedado en el terreno de la simple teoría. En esto como en muchos aspectos de la vida colombiana, tenemos superabundancia de textos, leyes, ordenamientos técnicos, pero permanecen en el fondo de los escritorios gubernamentales, sin que su acción dinámica llegue al pueblo colombiano. Boyacá puede dar el ejemplo de una transformación vigorosa de la administración, si se continúa el empeño formidable del ex-gobernador Jaime Pérez Archila por encauzar la administración por conductos modernos, en los cuales no cuente el padrinazgo, el compadrazgo y otros factores seculares que han paralizado el desarrollo de aquel departamento.

Bienvenido, por tanto, este magnífico libro y ojalá pronto sus normas estén en plena vigencia.

* * *

**CANCION DE LOS ARADOS Y OTROS POEMAS—
Por Eugenio Pinto Barajas—Editorial Salesiana—Bucaramanga-Colombia.**

Anda Eugenio Pinto Barajas en busca de su propia expresión. Lo elemental y telúrico de estos poemas así lo confirma. El poeta empieza a deslumbrarse por las cosas y les busca afinidades, claras resonancias. Es cierto que aún le falta mucho camino por recorrer con su hatillo de canciones. Pero la ruta que se ha trazado es verdaderamente incitante. Lo importante es que entre la aspiración al vuelo y el acto mismo, la relación dinámica sea de profunda carga energética. Por ahora, estos poemas recogen mucha fragancia campesina. Sin que el amor, con sus cocuyos deje de asombrar al poeta, ya que la mujer "que le regaló la vida", como dice hermosamente, cumple aquí su tarea nunciadora. Es justo, por tanto, esperar. Sin impaciencia. Pinto Barajas debe saber que no es fácil ascender a los cielos de la poesía. Pero cuando el mundo nos devuelve nuestra voz con patético eco, es seguro que empezamos a recorrer la senda en la cual las rosas y sus espinas, nos dan su fragancia y su dolor.

Por ahora, Pinto Barajas está buscándose. Primero sembrar, tener paciencia y, después recolectar. Nosotros esperamos una obra mejor cuajada de este poeta de las breñas santandereanas. Y estamos ciertos de que no ha de defraudarnos.

* * *